

DE LOS DERECHOS HUMANOS Y OTRAS COSAS NORMALES

Maider Zabala Segurola

Era un día normal, de esos en que no hacía ni frío ni calor. Un día cualquiera que, aunque el sol no resplandecía, las nubes tampoco arrojaban lluvia. Un día común, de esos que dejan a uno desarmado a la hora de matar el rato charlando con espontáneos ascensor arriba. La gente en Occidente comía, los orientales trabajaban y América dormía mientras en el Pacífico, poco a poco, amanecía. Los polos, despacio, se derretían, y el sol en las tecas africanas ardía. Un día común, un día natural. La Tierra seguía girando repetidamente, sumisa al ritmo constante de la rutina de sus inquilinos.

Pero las dudas, al mismo tiempo, aunque estaban todavía aprisionadas en cuerpos obedientes y correctos, empezaban a girar en las mentes intranquilas. Giraba y giraba el mundo, lentamente en este día, al compás de una tierra baldía, llena de vida, y las vidas llenas de desiertos. Giraba y giraba y no se cansaba, aunque de girar, giraba cada vez de forma más atolondrada, descentrada del peso que la memoria conllevaba. Giraba el planeta, pues no podía parar. No podía parar de girar, avanzar, crear y destrozar, prosperar, fracasar, triunfar y decepcionar. Nuestro mundo rotaba, ora alrededor del dinero, ora alrededor del sol. Rodeaba al sol, quizá porque lo quisiera abrazar, pero también porque le tenía que hacer llegar las esperanzas de los terrícolas por un nuevo día, misterioso y prometedor. Por ello, nunca faltaba el Sol a sus citas de por la mañana, surcando los días, haciendo girar las agujas del reloj. Ni tampoco faltó este día, en el cual, mientras el mundo poquito a poco gestaba una revolución, las espadas del reloj se batían en un duelo por matar las horas. Giraba la tierra,

mientras en unos sitios se hacia la paz y en otros la guerra, y lo hacía sin parar, ¡ni mucho menos! Era un día natural en un mundo mundial.

Estaban pues todos los ascensores mudos cuando yo me puse a tender mis sábanas. Salí al patio de mi casa, con las telas blancas en mano, y las extendí lo más ampliamente que pude, bajo un sol que ni brillaba por su ausencia ni por su excelencia. Y, ya de paso, me puse a observar desde la azotea del mundo. Desde lo alto, podía apreciar la Tierra en su plenitud. Divisaba montes y montañeros, mares y marineros, granjas y granjeros. Avistaba islas e isleños, capitales y capitalinos, dominios y dueños. Contemplaba puertos y desiertos. Distinguía ciudades y ciudadanos y pueblos y pueblerinos. Mirase donde miraba continuamente veía gente. Miraba donde mirase veía a la humanidad a punto de despertarse. Desde aquel palco global, veía gente trabajar, libres, pero sin la libertad de conseguir un trabajo. Pude ver como las personas estudiaban, pero sin la libertad de elegir una carrera. Y vi también familias felices, pero sin la felicidad de elegir al compañero con quien criar a sus hijos. Vi a gente que descansaba y otros que no. ¿Gozaban todos del derecho al descanso? No. Total, se mirase por donde se mirara, aunque fuese una cosa muy rara, había humanos sin derecho a humanidad. En el aire se escuchaban voces que ansiaban una elección y una oportunidad. Voces que pedían igualdad y diversidad. Era un día más, uno de esos en los que el sol no daba abasto en socorrer los distintos recovecos del mundo que urgían un cambio. Un día normal, vamos. “¡Vamos!”. Eso era lo que sonó de repente en la megafonía del globo, rezumbando súbitamente y con fuerza en las conciencias de los terrícolas. Y yo me levanté.

Fui entonces corriendo a descolgar mis sabanas de un tirón, y las até a uno de los extremos de la pala que utilicé para desenterrar la esperanza. Se sobresaltó todo el mundo cuando, sábana blanca en mano y ansia en corazón, les rogué recogieran las toallas que habían tirado. A pesar de su sobresalto, yo insistí e insistí, y así, de tanto insistir, vi al pueblo resurgir. Hubo quien me hizo caso y quien no, pero, poquito a poco, el cielo de toallas blancas se cubrió. Aquello era

un milagro, una revolución. Una marea blanca, la rebelión del corazón. Cada vez más toallas blancas se alzaban en el cielo, tantas que, para verlas todas, había que alzar bien alto el cuello. Tantas que, aunque no hiciese ni frío ni calor, que aunque el sol y la lluvia se abstendrían, un viento nació de entre ellas. Un soplo de viento que izó la tela amarrada al extremo del palo que con orgullo e ilusión yo sostenía. Una corriente que hizo ondear al tejido que no sería nunca más una sábana, sino una bandera, blanca como la paz. Las cabezas, cada vez más excitadas, se alzaron de una vez por todas de entre los hombros y el desencanto frustrado, para observar, maravillados, como de la toalla que una vez tiraron surgía algo nuevo. Banderas blancas que ondeaban, todas juntas, cual olas surcando un océano blanco, puro, sin fin. Aquel era el principio de una nueva era y la continuación de una lucha ancestral. Al llegar el momento preciso, clave mi bandera en el universo, mientras se podía leer en el reverso: Derechos Humanos. Comprendieron, así, que la bandera no es más que un trapo si no sopla el viento. Comprendieron que los sueños no crecen, sino que nacen grandes, lo único que debemos es dejarles volar. Solo hace falta soplar. Comprendieron que, si no se sopla bien fuerte, no revolotean los sueños. Que el hecho de que un día sea normal no significa que los ánimos se tengan que desplomar. Nada de eso, pues los grandes cambios se hacen poco a poco en días comunes.

Hoy es un día normal, pero en los ascensores de todo el mundo se habla sobre lo contento que está todo el mundo. La Tierra sigue respirando y el tiempo avanzando. Lo único, que hoy ya sopla el viento. Siendo hoy un día normal, he salido a la calle a pasear, y la gente, alegre, me ha saludado, y yo, con hermandad, les he abrazado.

Porque yo soy la declaración Universal de los Derechos Humanos, y hoy es un día normal en un mundo excepcional.